

ta, el Grao, el Cabañal, el mar.... Con que.... espero, señores, que quedamos amigos.

— ¡Oh!.... sí.... —dijeron todos, estrechándole la mano los que tenia mas cerca.

—Hasta luego; y si se ofrece algo, ahí están los muchachos.

— *Pepet* —dijo á uno de ellos —cuidad bien que se cumpla todo lo que quieran estos caballeros. No vayais á creer que son presos como otros cualesquiera; haceos cuenta que el que menos es un capitán. Hasta despues, señores.

Y se marchó dejando la puerta abierta, y advirtiéndole á los mozos que si venia alguna persona preguntando por los presos, la hicieran subir al instante.

No se hicieron aguardar mucho las mesas, sillas y útiles para escribir.

La mayor parte de los deportados, después de conceder todos por unanimidad, un voto de gracias al depositario que con tanta habilidad y prontitud habia ablandado el corazon de Arkinkinkof, aprovecharon la ocasion que se les presentaba para escribir á sus familias dándoles noticia de su llegada á Valencia.



## CAPITULO XXXI.

### EL RESCATE.

Habíanse pasado cinco ó seis horas desde que estaban los deportados en la ciudad del Cid, y eran muy pocas las personas que se presentaron á visitar individualmente á algunos de ellos.

Los dos dias que habian permanecido en la venta de Santa Bárbara, junto á Catarrocha, habian notado ya que los liberales de Valencia no imitaban la conducta de los de Albacete, Almansa y La Roda, y lo atribuian, como hemos dicho, á la iracunda persecucion que tambien allí sufrían los patriotas de parte de la autoridad militar y civil de aquella provincia.

Creyeron sin embargo que si en la citada venta no era posible, por ser demasiado ostensible el viaje desde la ciudad, al menos á su llegada hubieran recibido en Valencia algun testimonio de simpatías de sus correligionarios políticos.

No querian los presos ningun auxilio pecuniario, tampoco as-



piraban á obsequios que reclamasen desembolsos, nada de esto querian porque los mas no lo necesitaban; lo que hubieran apreciado en el alma, es una prueba de afecto, un amistoso consuelo; pero desgraciadamente no le obtuvieron en los nueve dias que permanecieron en tan bella y populosa ciudad, y algun motivo muy poderoso habia de haber para que los liberales valencianos ahogasen sus generosos sentimientos hasta el punto de mostrarse indiferentes á la desgracia de sus hermanos.

El dia siguiente al de su arribo, les acompañó el alcaide, en cumplimiento de su promesa, á lo mas elevado de la torre.

Desde allí se descubre efectivamente, como habia dicho Arkin-kinkof, la hermosísima y poblada huerta de Valencia, en casi toda su estension.

Lo primero que hicieron los deportados fué dirigir su vista hácia la parte donde suponian debia caer Madrid, y en sus meditaciones pensarian sin duda:

— ¡Allí están las prendas de nuestras mas caras afecciones! Nuestros padres, nuestros hijos, nuestras esposas... prendas de las cuales nos ha separado el despotismo de unos hombres, cuya tiranía y absoluto poder, cuya codicia, cuyos crímenes causan la desgracia de tantas familias... la ruina de toda España.

Después volvieron la vista y vieron el mar, ese piélago insondable que los mas de ellos tenian que cruzar hasta el opuesto extremo, antes de volver al seno de sus familias, y algunos sabian que iban condenados á perpétuo destierro.

El padre de la marquesa de Bellaflor estaba en este caso.

— ¡Esposa de mi vida! — decia para sí el infortunado Godinez, — no contentos mis opresores con haber ocasionado tu muerte, me arrebatan el consuelo de poder visitar el sepulcro que en-

cierra tus cenizas. ¡Si al menos me hubieran permitido darte el último adiós!... Verter una lágrima sobre tus frios restos!... Y vosotras..... hijas de mi alma.... vosotras que habeis recibido la última bendicion de vuestra madre..... que habeis cerrado sus ojos en la hora suprema de su muerte... no cerrareis ya los míos! Ese mar inmenso vá á separarnos para siempre!... Y á tan larga distancia de vosotras, hijas mías, ¿qué consuelo puede haber para este pobre viejo, á quien no le quedaban ya mas que vuestros filiales cuidados? Y tú, Manuel, hijo querido, tú que eras el orgullo de tus padres, tú que les amabas con tanta ternura... ya no les verás mas. Tu madre ha muerto, y tu padre la seguirá en breve; porque hay infortunios para los cuales no hay humana resistencia posible. María, Rosa, Manuel, Luis, Antonio, y vosotros tiernos ángeles que aun no conoceis los sinsabores de esta vida miserable; Enrique, Isabel, á todos os perdí para siempre. Aislado, allá al otro extremo de esos mares vastísimos, lejos de todos vosotros, moriré de dolor, sin que una mano afectuosa cierre mis párpados!... Moriré aislado..... ¡Qué digo!..... Aun me aguarda una muerte peor... No, no estaré solo cuando exhale mi postrer aliento... Estaré sin duda rodeado de gentes... pero en vano os llamaré para bendeciros por última vez... en vano en mi agonía buscaré vuestras miradas cariñosas..... en vano escucharé por si oigo vuestras palabras de consuelo... no sereis vosotros los que estarán en torno mio... veré corazones empedernidos, ojos enjutos, rostros feroces que harán escarnio de mis angustias... no, no sereis vosotros los que estarán en torno mio... serán mis compañeros de presidio.... mis compañeros de infamia..... serán esos hombres á quienes por sus grandes crímenes arroja la sociedad de su seno!... ¡Dios mio! ¡Dios mio! dame resistencia para tan horribles infortunios!



Otros deportados menos impresionables, ó que no tenían acaso tantos motivos de aflicción, se deleitaban contemplando aquel magnífico panorama.

Mas de dos horas permanecieron como estasiados en tan deliciosas vistas, cuando les avisaron que el capitán Olalla estaba abajo y queria despedirse con los demás oficiales.

Bajaron los deportados al momento, y tuvieron el gusto de abrazar al pundonoroso militar que tan bien se habia portado con ellos, sintiendo sin embargo que aquel abrazo fuese de despedida.

Sinceros y recíprocos fueron los ofrecimientos de amistad entre tan cumplido caballero y los deportados.

Fueron tantos los encargos que todos se apresuraban á darle para sus familias que hubo de notarlos en su libro de memorias, y se supo después, que los habia cumplido con la mayor exactitud.

Dijo que se habia despedido tambien de los pobres compañeros que estaban en el Grao, habiendo ejercido su último acto de generosidad mandando que á todos se les despojase de los infamantes hierros.

—Les he visitado antes que á ustedes—dijo sonriéndose bondadosamente—porque son mas desgraciados, y no ignoran ustedes que suelo dar siempre mi predilección á los desvalidos. No creo que ustedes se ofendan por esta conducta, mayormente sabiendo que unos y otros pueden contar de la misma manera con la amistad de un militar honrado, que por desgracia nada puede ofrecer á ustedes, pues en esta misma honradez cifro todo mi patrimonio.

Los presos contestaron con lágrimas de gratitud á este sentido razonamiento, y la tiernísima despedida se prolongó hora y media.

Participóles el capitán que los seis polizontes habian salido en aquel mismo dia para Madrid, y que por el correo iba ya un parte al gefe político en el que se le comunicaba el infame comportamiento que habian observado; pero regularmente no haria la autoridad el menor caso de semejante comunicacion, y aun es mas verosímil que aquellas justas quejas sirvieran de recomendacion en favor de los citados seis individuos de la ronda de capa.

Tambien estuvieron aquel mismo dia á visitar á los presos para despedirse de ellos los dos compañeros que habian tenido la fortuna de recobrar su libertad á poco de su llegada á Valencia.

—Y bien, señores—les preguntó uno—¿cómo ha sido ese milagro?

—Muy sencillo—contestaron—segun las cartas que hemos recibido de nuestras familias.

—Vamos á ver—dijeron algunos, movidos no solo de una mera curiosidad, sino acaso con la natural esperanza de emplear iguales medios para salir de tan penosa esclavitud.

—Antiguamente—dijo uno de los dos rescatados—los argelinos y berberiscos hacian escursiones por nuestras costas para llevarse cautivos, sin mas objeto que enriquecerse con las cantidades que por su rescate exigian.

—Es cierto—esclamó una voz.

—Pues bien, ahora se aprisiona á los ciudadanos pacíficos con iguales miras.

—¿Será posible?!

—Sí, señores. Los prohombres de la situacion no tienen mas idolo que el oro, y para aglomerarlo en sus arcas, aprovechan todas las ocasiones que se les presentan, sin que les arredren los medios por viles é inícuos que sean. Si el inocente aspira á recobrar



su libertad, de nada sirve que pruebe su inocencia; es preciso que compre con dinero esa libertad preciosa que nadie tiene derecho á arrebatarse, es preciso que apronte la cantidad que por su rescate exigen los hombres de la dictadura, como exigían los piratas á sus inocentes víctimas.

—¿Cómo es eso?

—Me explicaré con mas claridad. A la familia del señor, le ha costado ocho mil reales el comprar su libertad.

—¿Es posible?

—Como ustedes lo oyen.

—¿Qué escándalo!

—¿Qué inmoralidad!

—¿Qué infamia!

Estas y otras exclamaciones de asombro é indignacion fueron pronunciadas á la vez por los deportados.

—Yo he sido mas afortunado—continuó el mismo de los dos que habia usado hasta entonces de la palabra, riéndose de una manera sarcástica.

—¿Cómo así?

—No dudo que el señor vale tanto y mucho mas que yo; pero nuestros piratas han querido justipreciarme de mas valor, y se me ha vendido mas caro.

—Eso es horroroso.

—Mi familia ha tenido que dar diez mil reales por mi rescate.

—¿Pero es posible lo que estamos oyendo?

—Y tanto que ya tienen ustedes un dato infalible por si quieren regresar libremente á su casa. Dos damas muy elegantes, de esas que los palaciegos llaman *de la buena sociedad*, son las que se dedican á esta especie de negociaciones. Son las *agentes de ne-*

*gocios* entre los interesados y un alto personaje de la situacion, amorosamente relacionado con una de ellas. Ya saben ustedes, pues, como se hace el rescate—y añadió en tono de indignacion: —rescate que si se nos hubiera consultado, no se hubiera llevado á efecto, vive Dios.

—Ni nosotros queremos la libertad por semejante vileza—esclamó don Anselmo Godinez.

—¡No, no... de ningun modo!—gritaron todos.

Y téngase en cuenta, que mas de la mitad de los deportados que allí habia, podian haber hecho este sacrificio; y no les hubieran faltado amigos á los demás que les hubieran facilitado la cantidad en cuestion; pero rehusaban noblemente á su libertad si habian de adquirirla por un medio que les parecia degradante.

De la misma opinion eran los dos que ya estaban libres; mas no les era ya posible deshacer el sacrificio que habian consumado sus familias, no atendiendo mas que al natural deseo de abrazarles, de verles otra vez en su seno.

¿Puede llegar á mayor altura el escándalo, la inmoralidad, el cinismo de los gobernantes de aquella época?

Uno de ellos, y esto no solo se decia de público, sino que se sabia positivamente, era el alma de semejantes espoliaciones.

Y los corredores de tan infame tráfico eran dos personas del bello sexo... dos señoras elegantes bien recibidas y obsequiadas en los salones de la alta aristocrácia... dos señoras á quienes todo Madrid conocia y nombraba!!!

La edad antigua, la edad media, los tiempos modernos en lo mas bochornoso de sus anales, no ofrecen páginas tan repugnantes como las que se escriban de esta increíble historia.

Solo así, y robando al pueblo de otros mil modos, pueden



comprenderse esas colosales fortunas improvisadas en cuatro dias; solo así y robando al pueblo, veíase la inmoralidad entronizada sobre la miseria pública repartiéndose el botín en el PALACIO DE LOS CRÍMENES, y adjudicando títulos de grandeza á los ladrones; solo así y robando al pueblo, levantábanse edificios suntuosos, se ostentaban lujosos trenes, se celebraban grandes bailes, opíparos banquetes, cínicas bacanales y otros costosos festines, en los cuales se derramaba el oro á manos llenas, el oro que hubiera sido suficiente para librar de la miseria, y cubrir la desnudez de millares de españoles!

¡Qué contraste! En los verdugos de la inocencia era todo baldon é infamia, mientras las víctimas hacian alarde de esa virtud sublime que hemos admirado en los pobres cautivos.

El mas jóven de los dos rescatados, declaró que estaba resuelto á pedir su pasaporte para el extranjero; que no queria permanecer en un pais donde los hombres habian llevado á tal extremo de maldad las prácticas gubernativas.

Su compañero espresó el sentimiento que le causaba no poder imitar semejante conducta, porque no se lo permitian los negocios de su establecimiento industrial, con el que proporcionaba una decorosa subsistencia á muchas familias.

Hasta el viejo Godinez, indultado de la pena capital, y condenado por consiguiente á la inmediata, hubiera podido alcanzar su libertad con dinero; pero ¿á quién osaron dirigir semejante proposicion? A la virtuosa María, á la mujer magnánima cuya vida era una série no interrumpida de actos heroicos.

Suspendamos por un momento la narracion de las desgracias de los deportados, para trazar la magnífica escena de una hija que adora á su padre y prefiere verle cumplir una condena infa-

mante, allá en los presidios de Ultramar, á la bajeza de comprar su perdon y su libertad á peso de oro. No porque no hubiera dado, no diremos todo cuanto poseia, y hasta la sangre de sus venas por salvar al autor de sus dias, sino porque juzgaba horrosamente ignominioso comprar á su padre, como si comprara una cosa ajena... como si ajustára un caballo para sus trenes, ó un negro esclavo para que los guiara.

